

—¡Vaya si lo debe ser!.... Figúrese vd., Doña Crucecita, que habla muy bien, escribe mejor, y sabe hasta frances.

Nuñez volvió á prestar atención.

—¿Y es jóven?

—Jóven todavía, mi alma.

—¿Y no le ha contado á vd. su historia?

—Nada, mi alma; no le he podido sacar nada: solo sé que perteneció á una familia bien acomodada, que despues quedó huérfana, tuvo amores con un jóven, y....

—¿Y qué?

—Nada mas; porque de aquí no la he podido sacar por mas que he hecho para conseguirlo; pero yo creo que ella..... pues..... quien sabe si un *lapsus lingua*.....

—¿Y está todavía en su casa de vd?

—Es muy servicial, y como no quiere salir para nada, y yo tenia ganas de salir á visitar las iglesias, se ha quedado cuidando de la portería.

—¿Si será ella!....—Pensó para sí Nuñez:—Pero no.... ¡imposible!.... Sin embargo....

Y se levantó de su asiento y se dispuso á salir.

—¿Se va vd. ya, señor Nuñez?

—Sí, Doña Anita.

—¿Y cuándo va vd. á visitarme?

—Tal vez dentro de un instante.

—¿De veras?

—Probablemente.

—¿Ya sabe vd. la casa?

—Tengo el apunte que vd. se dignó darme al mudarse.

—Muy bien; pues le espero á vd.

—Iré sin falta. Adios Doña Anita.

—Adios, señor Nuñez.

Y el jóven se volvió á encontrar en medio de la gente y del bullicio, fluctuando en un mar de sospechas y de conjeturas.

—¿Qué simpático es este jóven y qué tímido con las mujeres!—Dijo Doña Anita viendo salir á Nuñez.—No se parece al doctor Willey. ¡Jesus, qué hombre! tiene corazon de fósforo: con solo que se acerque á un vestido de mujer bonita, se enciende.

—Pues cuidado, Doña Anita.—Advirtió sonriendo el esposo de la anciana Doña

Cruz.—Porque si llega á descubrir la gracia de vd.

—¡Dios me libre de encontrarme sola con él! No porque yo pueda cometer un *lapsus linguæ*, pues les consta á vdes. que soy toda una señora, sino porque siempre es bueno evitar murmuraciones, pues ya saben vdes. cómo son las lenguas de ciertas gentes.

—Temibles, mi alma—dijo Doña Cruz.—Hay personas que solo se ocupan de murmurar.

—Por eso yo, que soy una señora, me cuido bien de no hacer lo que hacia nuestra antigua vecina Elisa, la esposa de D. Diego, á quien tanto visitaba el doctor Willey, y á quien todavía visita.

—¿Es posible?

—¡Vaya, mi alma! Nada menos que el Viérnes de Dolores fué á verla, á poco de haber salido su esposo.

—¿De veras?

—Como ya sabe vd., mi alma, que se mudó de la casa de Tacuba á otra próxima á la en que yo estoy de casera, por ser mucho mas baja la renta, fuí á verla para entregar-

la un pañuelo que en la calle se le habia caido á una de sus niñas al pasar por la puerta de mi casa.

—Siga vd.

—Y estando en esto, llegó el doctor que, como no esperaba encontrar á nadie allí, puso una cara de condenado.

—¿Y ella?

—Ella se puso pálida, sin duda porque temió que yo sospechase algo.

—¡Vaya un chasco!

—Otra, en mi lugar, se hubiera marchado; pero yo que soy una señora, y que miro como un caso de conciencia vigilar por la honra del prójimo, me propuse estarme allí; porque ya sabe vd., mi alma, cuán fácil es, como decia mi difunto, que haya un *lapsus linguæ*.

—Hizo vd. perfectamente.

—Cierto es que despues empecé á arrepentirme.

—¿Por qué?....

—Porque ya las miradas del doctor no se dirijian á Elisa sino á mí; ¡pero de una manera....!

—De enojo sin duda: como que estaria rabiando contra vd.

—No, mi alma, al contrario: me miraba con una pasion....

—¡Ay, qué hombre!

—Por supuesto que yo me mantuve seria, como debe estar una señora.

—No le gustarian mucho á Elisa esas miradas.

—Así lo creo; y yo, por lo mismo, me levanté para despedirme, pero ¿querrá vd. creer, mi alma, que me detuviera, suplicándome que me quedase?

—¿Es posible?

—Sí, mi alma.

—Pues entonces no le querrá al doctor.

—¡Vaya! sino que lo haria para que no creyese que la visitaba con fines siniestros.

—Es verdad.

—Pero sea con el intento que fuere, yo, mi alma, me quedé, y el doctor, viendo que no conseguia quedarse solo con Elisa, se marchó echándome unos ojos....

—¡Airados?

—¡Qué airados!.... mas apasionados que

Cupido. De manera que si fué con intencion de que Elisa cometiese un *lapsus lingua*, se llevó chasco, y ademas se retiró con mi desaire de señora.

Mientras las dos contemporáneas de Matusalen se entretenian en esta conversacion, Nuñez se perdia entre el gentío que llenaba la plaza, preocupado con las palabras de Doña Anita, con la historia que habia contado, y con la pobre que habia hospedado en su casa.

¿Quién de aquellas dos mujeres de que acababa de oír hablar era la que habia hecho latir en un tiempo su corazon?

¿Era la primera que le habia burlado infamemente huyendo con un oculto amante, ó la desgraciada que callaba su amarga historia?

Nuñez no sabia á qué atenerse; pero se resolvió de todas maneras á hacer la visita para desengañarse de si era su amada la que habia pedido hospitalidad, y de no ser así, informarse de Doña Anita del nombre del jóven raptor, de quien se habia ocupado.

Abismado en estos pensamientos caminaba hácia la hermosa Catedral para rezar las oraciones propias de ese angusto día, cuando al pasar por junto á un corro de alegres jóvenes, oyó que uno de ellos decía:

—Aquí viene la rival de Vénus: la belleza mas perfecta de que puede envanecerse la naturaleza.

—Con efecto—contestó otro:—es la mujer que reúne en sí sola todos los hechizos que hacen irresistible al sexo hermoso. ¡Dichosos los dos que le acompañan!

En aquel instante pasaba junto á ellos la jóven á quien se referían.

Nuñez, deseando conocer á la hermosa de quien tantos elogios hacían, fijó los ojos en ella al mismo tiempo que los de la jóven se clavaban en él, y ambos se estremecieron á la vez.

Pasado aquel instante, mucho mas rápido que lo que nos tardamos en decir, Nuñez, dudando aún de lo que veía, se quitó el sombrero saludándola respetuosamente.

La jóven correspondió al saludo enviándole á la vez una sonrisa.

—¡No hay duda.... es ella....!—dijo interiormente Nuñez:—Pero esos dos que le acompañan.... No, tal vez es una persona que se le parece mucho.... ¡y como hace tanto tiempo que no la veo....! Sin embargo....

Y temiendo equivocarse fué á dar un corto rodeo para volverse á encontrar de frente con ella, que le envió otra hechicera sonrisa.

Nuñez sabia muy bien que cuando una señorita contesta varias veces, y en un breve rato, sonriendo cada vez que se encontraba con la misma persona que le saludaba, indicaba, si aun no le trataba, este concepto: *si sois lo que me pareceis, me gusta vuestra persona;* y si le conocía, *correspondo á vuestro cariño.*

Convencido, pues, de que de todas maneras no era indiferente para la hechicera que, si no era la que hizo en otro tiempo latir su corazón, era al menos el vivo retrato de ella, y resuelto á descubrir la verdad, la siguió á regular distancia, sin que los

que le acompañaban notasen la mas leve cosa que despertase sus sospechas.

Por fin, despues de haber visitado varios templos seguida siempre de Nuñez, se dirigió á su casa, y al entrar en la puerta, volvió con disimulo la cabeza para verle, se sonrió, llevando el abanico á la boca, y le saludó con él; dándole á entender este pensamiento: *esta es mi casa; si me quereis y sois lo que me pareceis, buscad quien os presente.*

El favorecido llevó la mano al pecho haciendo una cortés reverencia, dándole á entender: *soy caballero, y pronto me pondré á vuestros piés.*

Nuñez, á pesar de la satisfaccion que debia sentir, no parecia satisfecho aún, y esperó otro momento mirando hácia el balcon. Este se abrió, dejándose ver en él la jóven por la última vez quitándose el velo de la mantilla, manifestándole de aquella manera: *esta es mi habitacion: os amo.*

Nuñez se despidió quitándose el sombrero, contestándole con aquel saludo: *dé hoy en adelante sereis mi ídolo, y esa casa el templo de mi adoracion.*

—¡Será ella....!—volvió á exclamar al verse solo;—ó será otra jóven que volverá á engañarme como me engañó la ingrata á quien nunca he podido olvidar!....

Y se quedó abismado, perdido en conjeturas que trastornaban su razon.

—¡Oh....! es preciso acabar de una vez con tantas dudas.... Marchemos á ver á Doña Anita, y ella tal vez aclarará el misterio que hasta ahora estaba oculto.

Y cuando ya iba á emprender su marcha dominado por aquella idea, sintió que una mano le tocaba el hombro, y escuchó que le decian:

—Muy pensativo está vd., querido Nuñez.

—¡Oh! ¡el cielo le envia á vd., amigo Leopoldo!

—¿Sí?

—Seguramente.

—¿Pues qué le pasa á vd?

—Una cosa que me parece un sueño.

—Pero ¿qué es ello?

—¿Sabe vd. quién vive en esa casa?

Dijo señalando aquella en que habia entrado la jóven.

—¿En el número 6?

—Sí señor.

—Muchísimo.

—¿Quién es?

—Don Felipe Flan, rico y honrado comerciante.

—¿Casado?

—No; ni nunca lo ha sido.

—¿Vive con él alguna hermana ó parienta?

—Tampoco.

—¿Entonces quién es una jóven á la cual ha venido acompañando, y he visto en el balcon?

—Sin duda será la prima de D. Félix Huerta, dependiente suyo.

—¿Sabe vd. cómo se llama?

—Soledad Noriega.

Núñez se quedó abatido con aquella respuesta: la viveza y el ardiente fuego que por un instante habian comunicado á sus bellos y azules ojos el afan y la esperanza de haber encontrado á la hermosa jóven que le arrebataron cuando creyó llegar al colmo de la felicidad, se nublaron de repente,

como se apaga el brillo de la fulgente estrella ante las tristes nubes que se presentan antes de la tempestad.

—¡Ah!.... ¡no es ella!.... ¡no es ella!....

Exclamó con el acento del dolor mas intenso, dejando ver en su semblante la profunda melancolía en que se abismaba su alma.

Leopoldo que, tomaba un interes sin límites por todo lo que tenia relacion con la existencia de su leal amigo, se conmovió al ver que padecía, y que el origen de su padecimiento roconocia una causa, como la que á él le hacia sufrir sin descanso: ¡el amor!

—No hay que entregarse á la tristeza, ni que perder la esperanza.

Dijo Leopoldo, tratando de consolar á su amigo, cuando él, mas que otro alguno, tenia necesidad de consuelo.

Núñez que, como nadie, conocia los sufrimientos de Leopoldo, le estrechó la mano con profunda gratitud y compasion á la vez, y fijando en él su melancólica mirada, le dijo:

—¡Me dice vd. que no me entregue á la tristeza, cuando la miro impresa en su semblante!... ¡Me dice vd. que no pierda la esperanza, cuando vd., amigo mio, la ha perdido hace algun tiempo!....

—Sí; ¡yo la he perdido ya!—Exclamó Leopoldo con acento de profundo dolor.—Pero la he perdido, porque la impía y falsa declaracion hecha por Duval, á las puertas del sepulcro, la fatal noche del jardin, me ha presentado como criminal á los ojos del señor Landeta, que ha llegado á creer que habia dispuesto el rapto de Clotilde!.... ¡Ah! si antes me negó la mano de su protegida por la injusta acusacion hecha á mi querido padre, qué debo esperar hoy que se agrega á aquella la acusacion de raptor que han hecho pesar sobre mí!....

Y Leopoldo, que habia tratado poco antes de infundir valor en su amigo, quedó triste y abatido.

—Pero vd. cuenta siquiera con la firmeza de Clotilde, con la invariabilidad de su amor, y con que no será de nadie en el mundo, aun cuando todo el poder de los hom-

bres se empeñe en hacerla cambiar de resolucion.

—¡Sí; es verdad!.... Clotilde me será fiel hasta la muerte; pero tambien es cierto que no llegará á ser mi esposa!....

—¿Y por qué no?

—Duval buscará los medios de impedirlo, aun cuando Clotilde se resista á ser suya!

—¡Duval! ¡Ah!.... yo tengo la culpa de todo, porque no le dí el balazo en el corazon.

—No, es mejor que haya vivido; porque así podrá algun dia manifestar que me calumnió, y si hubiese muerto despues de su acusacion, Landeta me hubiera tenido siempre por un infame.

—Es verdad.

—Así algunas veces me alienta la esperanza de una vindicacion que con su muerte me hubiera sido imposible; y si el cuaderno que contiene las pruebas de la inocencia de mi padre no nos hubiera sido robado, aun esperaria en la felicidad.

—¡Oh!.... sí, ese cuaderno nos seria hoy de suma importancia. ¡Bien le dije á vd.

que lo guardase la tarde que desapareció, sin que sepamos hasta ahora quién se apoderó de él!

—Esto me prueba que existe una persona que espía mis pasos, que está pendiente de mis acciones y que acecha el instante de poderme perjudicar! Ya vd. ve, pues, amigo mio, si tengo motivos sobrados para no abrigar ninguna esperanza de consuelo!

—¡Y sin embargo, su situacion de vd. es mas risueña que la mia!

—No lo comprendo yo así, cuando le veo á vd. interesado en conocer á esa jóven, á quien sin duda ha venido vd. siguiendo y por quien me acaba vd. de preguntar.

—¿Y cómo quiere vd. que no la siguiese y preguntase quién era, cuando creí ver en ella á la mujer que amé con toda el alma?

—¡Será posible!

—Sí, Leopoldo; ¡pero no es ella....! Y sin embargo, ¡se parece tanto....!

Y Nuñez exhaló un hondo suspiro, arrancado por los recuerdos del pasado, y se asomaron á sus ojos algunas lágrimas.

Leopoldo le tomó del brazo, y para sa-

carle de sus tristes pensamientos le dijo, conduciéndole hácia las Cadenas, donde el gentío era mas inmenso.

—¿Y por qué, ya que hemos encontrado el parecido, no confiar en que hallaremos á la persona deseada?

—¡Dios lo quiera....!—Contestó Nuñez dejándose conducir por su amigo y dirigiendo una mirada hácia el balcón.—¿Pero visita vd. á esa jóven?

—No; pero lo hubiera podido hacer cuando fué mi vecina.

—¿Vivió cerca de vd.?

—En una de las habitaciones de la misma casa.

—¿Es posible!

—A no dudarlo.

—¿Y vivia con el señor Flan?

—No; entonces vivia con una criada, y solamente le visitaba todos los dias su primo D. Félix.

—¿Y está casado con ella?

—Veo—dijo Leopoldo—que su corazón puede llenar el vacío que le falta: ¿ha interesado el alma de vd. esa jóven, por ventura?

—No; los hombres como yo, solo aman á una mujer, y la aman para siempre. Si la he seguido, si me ha interesado, ha sido, como antes dije, porque la equivoqué con la jóven que no he podido olvidar un solo instante; con la hechicera Adela; pero una vez deshecho el error, no siento hácia ella otro afecto que el que nos inspira el retra-
to del sér que nos cautiva.

—Lo creo así, querido amigo. Sin embargo, si anhela vd. saber algunos pormenores con respecto á esa jóven, Doña Anita, nuestra antigua vecina, podrá acaso suministrárselos, porque era la crónica con fal-
das de toda la vecindad, aunque no la mas caritativa y escrupulosa.

—¡Ah!.... sí; tengo que visitarla; no con el objeto de informarme de la que en mi alucinacion pude equivocar con la mujer que hizo latir mi corazon de amor, sino porque tal vez encuentre allí, víctima de la miseria mas espantosa, al objeto que está constantemente fijo en mi pensamiento.

—¿En casa de Doña Anita?

—Sí.

Contestó Nuñez. Y entonces le contó la conversacion que habia oido en la horchatería, con respecto á una jóven hermosa, de talento y de instruccion que, agobiada por la necesidad habia pedido, en una noche tempestuosa, asilo en la casa de Doña Anita.

Leopoldo, conociendo que la esperanza es el bien de los desgraciados, trató de dar fuerza á la idea concebida por su excelente amigo, y exclamó participando aún él de la misma esperanza.

—Tal vez sea ella. Son tantas las evoluciones de la fortuna, que todo es de esperarse sobre la tierra.

—¿Luego ha renacido en vd. tambien la esperanza que yacía muerta?

Exclamó Nuñez contento de creer que su amigo concebía un risueño porvenir.

—¡Ah!....! no.

—¿No acaba vd. de decir que todo debe esperarse sobre la tierra....?

—Sí, todo; ¡excepto mi ventura! ¡excepto mi union con Clotilde....!

Exclamó Leopoldo abatido.

Núñez no supo qué contestar, y guardó silencio.

Preocupado cada cual con las ideas tristes que cruzaban por su mente, caminaron largo trecho sin pronunciar una palabra.

Luego, como si buscasen en el bullicio el entretenimiento á la pena, se dirijieron há ella él lentamente, y se perdieron en el inmenso gentío que llenaba el concurrido paseo de las Cadenas.

CAPITULO XIV.

Fiestas de los indios.

En los momentos mismos en que un inmenso gentío invadía la Plaza de Armas, las Cadenas, y penetraba lleno de lujo y de devoción á los templos para visitarlos, otra gran parte de la poblacion se dirijia á las cortas poblaciones de indios de los alrededores de México, con la curiosidad de ver celebrar las fiestas de Juéves y Viérnes Santo, que suelen presentar una novedad desconocida en otras partes.

Unos se dirijian al pueblo de Tacubaya, otros á Ixtacalco, y no pocos á Culucan.

El canal que conduce á estos dos últimos puntos, estaba cubierto de canoas, dirijidas